

*Rainer Maria Rilke*

# Elegías de Duino

Versión de Verónica Volkow

*Poeta, investigadora, ensayista, autora de libros como Sibila de Cumas y La noche viuda, Verónica Volkow nos ofrece una versión al español, nueva y personal, de la primera “Elegía de Duino” del gran poeta Rainer Maria Rilke.*

## LA PRIMERA ELEGÍA

¿Quién si yo gritara, me escucharía, entre los Órdenes  
Ángélicos? Mas si un ángel de pronto  
contra su corazón me abrazara, yo, por su ser  
más poderoso, moriría. Pues lo bello no es más  
que el principio de lo terrible, que nosotros en ese grado aún  
aguantamos;  
y si así lo admiramos, es que él olvida,  
desdeñoso, destruirnos. Cualquier ángel es terrible.  
Me detengo, pues, conteniendo el reclamo  
de algún profundo sollozo. ¿A quién nos sería posible  
recurrir? Ni a ángeles, ni a hombres,  
y los sagaces animales pronto se percatan  
de que no vivimos tan seguros, ni en casa,  
en el mundo interpretado. Lo que nos queda es quizá,  
algún árbol en la ladera, que volveremos a ver  
todos los días; nos queda la calle de ayer  
y la suministrada fidelidad a una costumbre,  
que por ser de nuestro agrado, permenece, sin marcharse.  
¡Ah!, y la noche, la noche, cuando el viento, con los espacios  
del mundo pleno, nos zahiere el rostro —¿con quién no se  
quedaría la anhelada,



Aún brota desde aquellos jóvenes muertos hacia ti.  
 Donde quiera que entraste, ¿no te hablaba en las iglesias  
 de Roma o de Nápoles, apaciblemente, su destino?  
 O te llevó una inscripción a lo sublime a exhaltarte,  
 como recientemente esa placa en Santa María Formosa.  
 ¿Qué es lo que de mí están pidiendo? Suavemente debo  
 quitarles la apariencia de injusticia, que al movimiento puro  
 de sus espíritus suele entorpecer un tanto.

Ciertamente es extraño, ya no habitar la tierra,  
 ninguna aprendida costumbre continuar practicando,  
 ni a las rosas, ni a otros objetos singularmente elocuentes,  
 darles ya el sentido de un futuro humano;  
 o que el que era uno, entre sinfín de manos angustiadas,  
 ya no sea uno, y hasta a nuestro único nombre  
 abandonarlo al camino, como juguete roto.  
 Extraño, ante los deseos, el ya no tener anhelos. Extraño  
 que todo lo que se imbricaba, tan flojo se vea  
 aleteando en el espacio. Y el estar muerto es penoso,  
 y las reparaciones completas, para que con toda su fuerza  
 un poco brote de eternidad. —Pero los vivos cometen  
 todos el error de las definiciones muy tajantes.  
 Los ángeles (se dice) no saben con frecuencia, si junto  
 a vivos andan o bien junto a los muertos. La eterna corriente  
 arrastra consigo siempre todas las cosas pasadas  
 a través de sendos reinos, y en ambos con su voz domina.

Contundentemente ya no nos necesitan, los tempranamente  
 por muerte arrebatados;  
 se desprendieron de lo terreno suavemente, como el hombre  
 suelta el dulce pecho de la madre. Pero nosotros que tan  
 grandes  
 misterios necesitamos, para quienes de los duelos, muchas  
 veces,  
 un bienaventurado progreso surge, ¿podríamos ser sin ellos?  
 O es vana la leyenda de que por primera vez entre los llantos a  
 Linos,  
 una primera música osada atravesó la dura materia inerte;  
 fue primero en ese espacio aterrorizado, del que un joven casi  
 divino  
 súbito para siempre huyó, que el vacío en esa otra vibración  
 aprendió, lo que aún nos arrastra, nos consuela y ayuda. ¶